



ARTICULO PARAMEDICO

DR. JUAN DALMA: MEDICO HUMANISTA

Dr. Diego F. Pró

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

LINEAMIENTOS BIOGRAFICOS

El Dr. Juan Dalma, médico humanista y profesor universitario, desaparecido en Tucumán el 20 de octubre de 1977, había nacido en Fiume el 18 de junio de 1895, en el seno de un hogar formado por don Desiderio Dalma y doña Ada Castel, cuando aquella ciudad de la costa del mar Adriático pertenecía al Imperio austro-húngaro. Vivió su infancia y su adolescencia y primera juventud en países de lengua alemana. Por entonces, fin de siglo, Austria y Hungría vivían, como Europa en general, una época de esplendor, la "belle époque" de los franceses. Fiume pertenecía a Hungría. Después de 1919 pasa a integrar la nación italiana, a la cual ingresa nuestro biografiado, y actúa largamente en ella, hasta que, tras de la segunda guerra mundial, la ciudad pasó a pertenecer a Yugoslavia.

En su ciudad natal, junto a la entrada del Quarnero, cumplió sus estudios primarios y secundarios. Importa señalar que estos últimos los realizó en el *Gymnasium* clásico (8 años), con frecuentación asidua del latín, el griego y las humanidades. Estas lejanas y firmes raíces espirituales perdurarán en el tiempo y se acrecentarán en su vida, y contribuirán a dar un definido carácter humanístico a su personalidad.

Hizo Dalma sus estudios de medicina en la universidad de Viena, Budapest y Padua, durante los años de la primera guerra mundial y los inmediatos a ella (1913-1920), con un interregno de tres años, en que prestó servicios en la sanidad militar de los frentes de batalla ruso e italiano. Se graduó en Padua, tras la contienda, en noviembre de 1920, con el máximo de votos (110) y la "Laude" (elogio).

Los sesgos humanísticos de su formación y sus propias condiciones naturales hacen que, después de su iniciación en investigaciones fisiológicas, hacia las que sus maestros querían orientarlo, se especializa en psiquiatría en los institutos de Reggio Emilia y de Cremona y en la Universidad de Padua, asistiendo, por lo demás, a cursos en París y Génova, de los maestros Belmondo, Belloni, Morselli, Maragliano, Guillaín, Alajouanine, Claude, Burguingnon (1924-1948). Se mantuvo, además, en vinculación científica con J. Wagnerv, Uaregg (Viena), Ernest Krestchmer (Tubinga), Eduardo Weiss (Trieste, luego Viena y finalmente Chicago), Disefiori (Trento). La correspondencia científica y cultural con este último ha durado diez años (1967-1977).

Estos datos biográficos, si escuetos y lacónicos, tomados en conjunto y a lo largo de los años, muestran a las claras algunos de los rasgos intelectuales de la personalidad del Dr. Dalma. Su formación inicial en las humanidades clásicas en Fiume, sustenta su formación en las ciencias médicas, su especialización en psiquiatría, y el sesgo posterior de humanista moderno, que enlaza las ciencias del hombre con las humanidades y la filosofía, configura definitivamente su personalidad científica e intelectual. A esos rasgos podemos agregar su natural inclinación universalista, no reñida con los estudios que cultiva; antes bien, se integran y personalizan de un modo original.

Riesgo grande en una personalidad como la que estudiamos ha sido la dispersión y la de no integrar todos sus elementos formativos. Tuvo nuestro autor siempre conciencia de ello. En sus últimos años se le solía escuchar estas palabras: "Soy un auténtico producto de estos tiempos conflictuados".

ACTIVIDAD CIENTIFICA EN ITALIA

En sus poblados y numerosos años de actividad científica y profesional en Italia (1920-1948), el Dr. Dalma se ha proyectado en algunas funciones sociales, cumplidas con soivencia científica y responsabilidad profesional. En este sentido cabe recordar que organizó y dirigió el Hospital Psiquiátrico de Fiume (1928-1939). Fue asimismo miembro fundador y vocal de la Asociación Médica de Fiume, miembro activo de las sociedades italianas de psiquiatría, de psicoanálisis, de biología experimental, del progreso de las ciencias. Integró el cuerpo de redactores de las revistas "Note Rivista di Psichiatria" (Pesaro), "Rivista di Psicoanalisi" (Roma). Consultor de neuropsiquiatría en los Juzgados de Paz, del Tribunal de la Corte de Apelación y del Patronato Nacional de Accidentes del Trabajo, en Fiume. Participó como miembro activo y con comunicaciones originales en el Congreso de Psiquiatría y de Neurología, de Biología y de Ciencias Humanas en Trieste, Módena, Ferrara y Roma e internacionales de París, Berna y Londres.

Las tareas científicas y profesionales del Dr. Dalma se vieron estorbadas en 1932, en vísperas de presentarse a las pruebas y concursos nacionales para la docencia universitaria. Sus proyectos de carrera académica se vieron truncados por el decreto del mes de mayo de 1932, por el cual el gobierno italiano establecía, como condición previa a aquellas pruebas y concurso, la adhesión al partido oficial, exigencia incompatible con sus convicciones personales. No obstante las incomprensiones de la época, siguió trabajando en el ámbito científico, frecuentando la clínica psiquiátrica de Padua, publicando trabajos y participando en congresos científicos. Años después, las leyes de discriminación racial en 1938, le cortaron también la carrera hospitalaria.

En 1943 se trasladó desde Fiume, en arriesgado viaje, a la ciudad de Brindisi, ya ocupada por los ejércitos aliados, y luego a Salerno y, posteriormente, a Roma. Su regreso a Fiume quedó frustrado debido a la ocupación de la ciudad por los yugoslavos. Desde el año anotado, y hasta 1948, actuó como funcionario de la Dirección General (luego Alto Comisionado y actualmente Ministerio) de Salud Pública de la Nación, en tareas de inspector de hospitales y en estudio de la asistencia psiquiátrica, en el marco nacional, y como funcionario de enlace con las autoridades de las naciones aliadas.

Durante el lustro mencionado colaboró el Dr. Dalma con el Gobierno de la República Italiana, presidido por De Gasperi, como asesor y experto, en la lucha diplomática durante las tratativas de paz para salvar, después de la derrota, lo salvable en las fronteras orientales del país, con varias misiones personales en París y en los Estados Unidos de Norteamérica.

ACTUACION EN LA ARGENTINA

En Buenos Aires, en el mes de julio de 1948, encontrándose el Dr. Dalma en una de sus misiones encomendadas por el Gobierno Italiano, le fue ofrecido y aceptó un contrato con la Universidad Nacional de Tucumán, para desempeñar tareas de regente (asesor técnico-científico del Rector) de esa Universidad, y como organizador y director de la entonces futura Escuela (ahora Facultad) de Medicina, y catedrático de Psiquiatría. En las primeras funciones estuvo hasta 1951. Sus tareas docentes y de investigación se han prolongado en dicha Facultad hasta su muerte.

En la Universidad de Tucumán puso en marcha y orientó, durante sus años iniciales, la Escuela de Medicina. Aunque el organizador práctico merece otras páginas, digamos aquí que su atención se dirigió a los planes y currícula de estudios y a la organización de la vida académica del nuevo centro de estudios. Sirvió durante dos años y medio en la cátedra de Clínica Neurológica (1954-1956). Organizó y tuvo a su cargo, hasta su desaparición, la cátedra de Clínica Psiquiátrica, desde 1956. También tuvo a su cargo la cátedra de Medicina Legal y Toxicología (años 1959-1964). Sirvió asimismo en la cátedra de Psicología Médica, desde 1964, y ha dictado cursos de Historia de la Medicina para la carrera del doctorado.

Su actividad trascendió el ámbito de sus cátedras universitarias y llegó con su actividad personal, sus publicaciones y conferencias, a las diferentes Facultades de Medicina de la Argentina. Estas tareas cumplidas en el más alto nivel le valieron la incorporación a muchas instituciones médicas y distinciones especiales en la Argentina y el exterior. Fue Miembro de la Academia Nacional de Medicina (1963), de la Sociedad Argentina de Psicología, de las Sociedades de Criminología, de la Interamericana de Psicología, de la Comisión de Expertos para la Salud Mental de la Organización Mundial (Ginebra) desde 1962, y de muchos otros centros médicos.

Entre las distinciones que recibió cabe mencionar: medalla cultural italiana (1963), Comendador de la Corona de Italia (1948) y Caballero Oficial de la República de Italia (1965).

LA DOCENCIA UNIVERSITARIA

Se pueden distinguir por lo menos tres tipos de profesores en la docencia universitaria: el fichólogo, y en su caso el hechólogo; el crítico y el personal. El fichólogo en Humanidades y el hechólogo en Ciencias Naturales son los que se aferran al hecho o a la ficha sin elevarse al concepto y significación de aquéllos. Coleccionan datos y los fijan en sus papeletas. Son coleccionistas de hechos y documentos. No se elevan a las leyes o conceptos de segundo o tercer nivel, hasta incluir-

los en los principios generales de las ciencias. Por cierto estos profesores no son científicos en el campo de las ciencias de la naturaleza ni en el de las ciencias del hombre. Unánimemente decía de ellos que se comen crudos a los hechos. Lo cual no estorba para que en algunas partes del mundo se los suele tener por "sabios".

Los profesores con capacidad crítica son los que conocen el sistema o la conexión científica de los conceptos de sus respectivas ciencias y los que están preparados para juzgar los aportes nuevos que se presentan en la investigación. Esta clase de profesores universitarios son los que en el *maremagnum* de las revistas y libros científicos reconocen inmediatamente lo que es aportación de lo que es paja o leño combustible para las ciencias, tanto en las de la naturaleza como en las del hombre, y, desde luego, en las ciencias matemáticas. Hasta conocen técnicas de lectura veloz que les permiten estar actualizados de cualquier novedad científica en la especialidad que cultivan. Son profesores críticos que aun cuando no alcancen a realizar brillante obra personal, son eficaces para desbrozar el campo de lo que es divulgación, o confusión, o repetición de lo ya sabido.

Profesores personales son los que, además de poseer capacidad crítica, tienen pensamiento propio en sus disciplinas. Tratan siempre de ensanchar las fronteras del conocimiento, llevándolas lo más lejos posible. Dentro de este tipo de los personales, los hay de distinta intensidad y vigor: desde el profesor que diluye sus propios puntos de vista en su enseñanza hasta los que disponen de un talento grande y son geniales.

No crece esta planta que es el profesor de la misma manera en todo tiempo y lugar. Así como cada vida humana está abierta a la historia y la sociedad, a los valores y la cultura, lo propio acontece con los profesores. Si la aparición de la función social del profesor la situamos en Grecia, con los sofistas, a lo largo de la historia de Occidente han surgido diferentes modalidades profesoraes.

Las nacionalidades destiñen en los profesores. Estos presentan sus caracteres nacionales propios. Es bien sabido que el profesor italiano posee formación clásica con sus griegos y latines, que le vienen del gimnasio o del liceo; es por lo general conversador, humano y chispeante. El profesor alemán se distingue por la profundidad, su lenguaje a veces oscuro y la extensión de sus conocimientos. Es amigo de escribir tratados corpulentos. El inglés es sobrio, conciso y original; cultiva el ensayo y el opúsculo breves. El francés muestra claridad, orden, elegancia, ironía.

EL PROFESOR Y SU ESTILO

El Dr. Juan Dalma reunía las cualidades del gran profesor. Brillaba en él la inteligencia afilada, penetrante, las que exigen las ciencias de la naturaleza y las del hombre y las humanidades. Los hermanos Dalma eran cuatro, todos muy caballeros e inteligentes, pero en quien la inteligencia brillaba más radiosa era en la cara y la mirada de nuestro personaje. Sus amigos, entre bromas y de veras, le decían "Dalma il Bello".

Poseía condiciones personales que realzaban sus cualidades de profesor. Entre estas últimas contaba con la claridad profunda. Alejaba la oscuridad de su enseñanza, porque si la enseñanza es oscura, ¿para qué el profesor? La oscuridad que proviene de los problemas científicos o de la realidad no son imputables al profesor. Puede provenir también de la bibliografía, o de investigadores y críticos que se han ocupado de la cuestión. Pero la oscuridad, como fuente de incomprensión, Dalma no la concebía en el profesor, que nunca puede ser esponja sucia que enturbia el agua.

La claridad del profesor Dalma no era incompatible con la profundidad de sus clases. Su actividad docente era como la de un buzo que baja a la profundidad del mar y después de recorrerla con su haz de luz, volvía a la superficie a decir o explicar lo que había visto.

Siempre se mostraba entusiasta para todo lo que se refería a la cultura, documentación exacta y amor al dato preciso. Tenía necesidad continua de transmitir a otros sus conocimientos, estimulando a sus alumnos a pensar con claridad y rigor. Respetaba los ideales ajenos, los planteos diferentes, aunque fuesen distintos de los suyos, y más que todo le importaba que sus alumnos fueran decentes y posiblemente inteligentes. Además, tenía mucha indulgencia con las debilidades humanas y con las rebeldías de los estudiantes, a los que sabía esperar y ayudar a que superaran sus momentáneas dificultades.

La cuarta cualidad de Dalma era su estilo docente, que se nutría en su personalidad. En una época en que comenzaba a cundir el didactismo, Dalma insistía en la importancia de la personalidad, que no puede ser sustituida por ningún método, sistema, currículo o plan de estudios. La personalidad era para él el *summum* del desarrollo psíquico y espiritual del hombre, y tiene significación especial en la enseñanza universitaria. Si ontológica y axiológicamente la personalidad es lo más alto y elevado de la realidad y el mundo, también lo es en la docencia. Nada puede suplir la falta de personalidad del profesor. El mejor ejemplo de esta convicción era el propio Dalma.

LA ENSEÑANZA

La enseñanza universitaria del Dr. Juan Dalma se desarrolló durante el lapso de casi treinta años en la Universidad Nacional de Tucumán y en distintas instituciones de cultura del nordeste

argentino, tales como la Sociedad Sarmiento, la Sociedad Italiana, la Sociedad de Criminología, la Peña del Cardón, la Escuela de Música, y otras más. Intermitentemente dictaba cursos y conferencias en otros centros universitarios del país: Buenos Aires, Santa Fe, Rosario, Córdoba, Salta. O concurría a congresos y reuniones científicas en el exterior.

Por cierto, el centro de sus actividades docentes era la Facultad de Medicina de la mencionada Universidad, donde sirvió las cátedras de Clínica Neurológica (1954-1956), Clínica Psiquiátrica (1956-1977), Medicina Legal y Toxicología (1959-1964), Psicología Médica (1964-1976), Curso de Post-Grado de Historia de la Medicina (1965-1977). Dictó además numerosos cursos de posgrado en la carrera de Médico Legista, entre ellos Psicología Médica (1975-1977), Psiquiatría Forense (1977).

Dictaba sus clases durante la noche, entre las 21 y las 23, pero ellas siempre se prolongaban media hora más para atender las inquietudes y dificultades de los estudiantes. Llegaba a la Facultad al final del día, después de consultar durante largas horas su propia biblioteca, la del Instituto Miguel Lillo, la de la Facultad de Filosofía y Letras, la de la Sociedad Sarmiento, la del Instituto Superior de Artes y, por cierto, la de la Facultad de Medicina, así como la Central de la Universidad. Durante el día se lo encontraba indefectiblemente en alguna de ellas, en búsqueda de obras de su interés para el dictado de sus cátedras, particularmente para sus lecciones de Historia de la Medicina, Psicología Médica, Clínica Psiquiátrica y las otras ya mencionadas.

Entre bromas y de veras solía decirles a sus alumnos, especialmente cuando llevaba a las clases libros raros, muchas veces de interés para bibliófilos, en ediciones antiguas, descubiertos en sus andanzas estudiosas, que se consideraba ratón de biblioteca.

Llegaba al aula colmado de saber que le salía por todos los poros. Llevaba un enorme portafolio, envejecido por el uso. Caminaba con parsimonia, con aire senatorial, con paso elástico, que se fue haciendo más lento con el paso de los años. En los últimos tiempos de su labor, llegaba seguramente muy cansado a sus clases, bajo el peso de tantas obligaciones (cinco cursos). Saludaba con cortesía, con una leve inclinación de cabeza y unas palabras dichas con calor humano, nunca escondidas, con cordialidad latina. Era efusivo y secretamente apasionado.

Su rostro decía mucho. Algo tostado, como si fuera un italiano del sur, aunque hubiese nacido en el norte de Italia. Tallado blandamente, redondo, de mirada penetrante y cordial a la vez, de cabellos negros en los que ya en sus primeros años de actuación en Tucumán se advertía algún rincón entrecano. Rasgos faciales no comunes, como tallados en terracota. Ejercía cierta "fascinación" sobre las personas. Sus ojos eran grandes, oscuros y resplandecían en ellos la inteligencia y la bondad. Miraba siempre a los ojos del interlocutor. Conmovía a sus alumnos su enorme esfuerzo de lecturas, que se reflejaba en sus párpados con momentáneas irisaciones, tan castigados por la luz eléctrica.

Ya en el aula, apenas subido a la tarima, se acercaba junto al escritorio y se sentaba. Otras veces se paseaba frente a la clase, mientras asediaba el tema de la noche. Su voz era inolvidable. Cálida, de buen volumen, fluía con marcada cadencia. Sus ademanes, mesurados. Tenía un ejemplar dominio de ánimo. Sólo le "sacaban de las casillas" los inconvenientes burocráticos para retirar en préstamo libros antiguos, que llevaba a menudo a sus lecciones de Historia de la Medicina.

Se interesaba en los problemas que tenían sus alumnos. Solía decirles que el conocimiento de sí mismo, meta de la sabiduría y exigencia de la preparación médica, comenzaba con la significación del nombre y apellido de cada uno. Y como era un políglota se los aclaraba a sus estudiantes. Advertía inmediatamente los momentos críticos por los que pasaban y muchos de ellos recibían del maestro la palabra oportuna, el consejo eficaz y la orientación correcta, no sólo en cuestiones de estudios, sino también en las dificultades que trae la vida.

Los egresados, médicos jóvenes, sobre todo los mejores, aguardaban impacientes y expectantes su presencia en el aula. Los atraía su rostro vivísimo, agraciado, la desenvoltura que mostraba en cada actitud, en el desarrollo de las ideas, presentadas siempre en forma personal y nueva, todo lo cual le daba a su figura un prestigio y encanto especiales. Era brillante y su palabra incursionaba en el mundo de la medicina y de la filosofía con incisiva agudeza, con acierto, con gracia. Algunas veces, particularmente en Historia de la Medicina, hablaba bellamente sobre arte, poesía, música, historia. Tenía particular devoción por el mundo griego, el Renacimiento italiano y por los mejores momentos de la época moderna y contemporánea.

Sus alumnos se daban cuenta de la calidad humana y científica de este maestro, que era un ser en constante renovación, que no se repetía, que llevaba a sus clases vivencias personales y testimonios directos de muchos acontecimientos de la vida contemporánea europea. Sus nervios captaban los matices de las relaciones humanas. Lo tenían allí, frente a ellos, en el proscenio del anfiteatro hablando con gran dominio sobre temas arduos de las ciencias médicas, siempre vivaz, aunque a veces se notaba su enorme esfuerzo de estudioso, que imponía deberes a su vida de humanista a la europea, con su ir y venir sin tregua por los diferentes campos de las ciencias del hombre, luchando por su vida y la de su hogar, apresado por tareas múltiples, que apenas le daban para vivir austeramente.

Atravesaban sus clases, a propósito de muchos temas, inquietantes referencias al mundo de la civilización, de las ciencias, de las artes. No sólo remitía a la bibliografía especializada, a las revistas, a los libros, sino que a menudo recomendaba o discutía la reconstrucción histórica de al-

gunas películas con temas relacionados con la historia de la medicina o de la psiquiatría. Estaba en todo, porque era un buen testigo y protagonista de la vida de nuestro tiempo. Excelente conversador, en sus lecciones reflejaba su sensibilidad para caracterizar el modo de ser de pueblos, círculos culturales, épocas, nacionalidades, figuras ejemplares de la medicina y las ciencias.

No se ataba la lengua para criticar, cuando era necesario, ciertos defectos de los estudiantes argentinos: su falta de constancia, de continuidad en el esfuerzo, de proyectos de gran alcance. Alguna vez se vieron calificados en términos muy duros por su viejo profesor, que acaso llegaba muy cansado a sus clases. Ellos le perdónaban todo por su talento, su sana jovialidad; en suma, porque era el Dr. Dalma.

Al final de sus clases hacía hablar a sus alumnos, los escuchaba, compartía o disenta con sus puntos de vista, y hablaba con ellos con simpatía y calor. Terminadas sus lecciones, caminaba con unos pocos por la ciudad, rumbo al café Crillon, donde continuaba el diálogo más allá de la medianoche. La conversación comentaba lo dicho en las clases, temas complementarios o cosas de la actualidad de aquellos años. Sabía abordarlos desde ángulos novedosos, con vasta información, con apostillas y asedio cordial, sonriendo o haciendo silencios que tenían su sugestión.

En las noches de invierno, cuando a los contertulios se les hacía la una y media o las dos de la madrugada, al salir del café solían encontrarse con frío y neblina cerrada en la calle, que tornaban brumosas las luces de la ciudad. Pero a ninguno le importaba nada. Para los alumnos y sus fervientes años eran trasnochadas inolvidables. Al anciano maestro, ya en su casa, a la que volvía como castor, le esperaba el suave reproche comprensivo de su esposa María Paola.

Acaso el mejor esfuerzo de Dalma estaba destinado a la pluma. Sus muchas obligaciones, sus clases, sus conferencias en diferentes lugares de Tucumán, sus viajes a Buenos Aires y otras ciudades del país, los congresos, el encuentro con interlocutores que le quitaban su tiempo, los fastidios burocráticos, le restaban energías. En sus altos años era punzante la conciencia de esta lucha entre el profesor, el investigador y el escritor. Escuchémosle en una de sus lecciones de Historia de la Medicina: "Tengo unas cuatrocientas páginas escritas que nunca las voy a publicar, porque debo dictar historia de la medicina, psiquiatría, psicología, y tengo que ocuparme de la «Revista de la Facultad de Medicina». Además me piden conferencias aquí y en Buenos Aires y en otros lugares de la Argentina, y después están las reuniones, los congresos, los cursillos, y me desvía de esta tarea principal que sería escribir los 4-5 libros que *nunca podré escribir*, porque debo dedicarme a otras cosas. Entre ellas, la que más me interesa es la personalidad de Leonardo..." (Leción nº 31, pág. 131. Carpeta II. Inédita). Es el drama del investigador y el escritor estorbado por las tareas del profesor.

A distancia de años, cuando muchos de los jóvenes egresados de la Facultad de Medicina de Tucumán son ya médicos de prestigio y están en la vida con todas las obligaciones que ello supone, comprenden mejor aquellas palabras dichas por el maestro Dalma en el remolino de sus clases. Muchos lo fueron perdiendo de vista con el paso de los años. Pero su recuerdo es de los grandes, de los que dejan huellas y continúan vivientes en la sucesión de los días. Cuando esos profesionales vuelven ocasionalmente a la Facultad que los formó, se allegan a las grandes bibliotecas de la ciudad, o pasan por delante de la casa de los Dalma o por la vereda del café Crillon, esperan encontrar a su profesor de nuevo, como en sus años juveniles. Pero ya no está. Entonces caen en la cuenta que habían sido ricos de la mejor riqueza: habían tenido al lado, junto a otros hombres valiosos, a un gran profesor humanista.

HISTORIA DE LA MEDICINA

Como profesor de Historia de la Medicina, Dalma era extraordinario. Difícilmente se podrá encontrar un profesor más adecuado a la índole de esta cátedra, que estaba como curso de posgrado. Para serlo se requiere poseer cultura humanística y científica. Y hombres así no abundan. Manejaba con soltura los textos básicos de la materia producidos en los grandes centros culturales del mundo. Sabía limarles las unilateralidades nacionales de muchos de ellos que llevaban a ciertos olvidos o a distorsionar la talla de los investigadores y sus contribuciones en el terreno de la medicina.

Muchos tratadistas, leídos con visión personal, pasaban por sus lecciones. Entre los italianos hay que mencionar a Castiglioni, Premuda, Benedicenti. Entre los ingleses y norteamericanos a Green, Custon, Harrison, Haggard, Cutrie, Robinson. Entre los alemanes Diepgen, Siegerist. Entre los españoles, Laín Entralgo, entre los más importantes de nuestro tiempo. Además manejaban monografías, trabajos y artículos de asuntos específicos. Se mantenía en contacto con los institutos de la Medicina de Italia, Austria, Francia, Alemania, Estados Unidos de Norteamérica. Los profesores Sra. Erna Laski, de Viena; Helmunt Viglitzski, historiador austríaco de la medicina; Henri Baruk, de París, mantenían correspondencia con Dalma y le enviaban sus escritos, que éste llevaba a su cátedra. Las cátedras más activas de Historia de la Medicina por aquellos años eran las de Viena y Padua. Y como si ello fuera poco, acercaba a sus alumnos las fuentes, las obras de las grandes personalidades de la Historia de la Medicina. Llevaba a sus clases los escritos de Hipócrates (Pronósticos), Galeno, Teofrasto, Linneo, Huarte de San Juan, La Bruyère, Discórides, Morgani y tantos más. Algunas obras preciosas, en ediciones para bibliófilos, como el ejemplar editado en Lutetia, Pari-

siórum en 1558, de los *Pronósticos* de Hipócrates; o los escritos perdidos de Galeno, en un Código de la mezquita de Santa Sofía, en Constantinopla, en original árabe y traducción inglesa, o de *Matéria Medica*, de Discórides, en una edición española impresa en Valencia en 1596. Pasemos...

Su labor en dicho curso de Historia de la Medicina no consistía simplemente en resumir uno de los tantos tratados de la materia, sino en hacer una elaboración personal. Después de llevar varios años de enseñanza, su espíritu crítico le llevaba a hacer estas manifestaciones en una de sus lecciones del curso que dictó en 1966: "...estoy recién en el comienzo, y dentro de diez años, cosa un poco difícil por mi edad (acaso podría hacerlo mi espíritu), quizá podré dictar una Historia de la Medicina, porque teóricamente considero que estaré maduro dentro de ese lapso. Ustedes me tienen que aguantar todavía como soy hoy; tal vez tenga excesivas pretensiones, es también una forma de soberbia. No es modestia, sino soberbia" (Lección nº 48, págs. 205/206. Carpeta III. Inédita).

El enfoque con que Dalma explicaba la materia era muy actual. Vinculaba el desarrollo de la medicina con el cuerpo general de la historia, a partir del Oriente Antiguo: pueblos, mitos, religiones, artes, técnicas, conocimientos, personalidades. Dicho enfoque incluía la Historia de las Ciencias y dentro de éstas la de la Medicina. El criterio es muy acertado, porque no convierte la Historia de la Medicina en una historiografía abstracta, separada del contexto histórico en su conjunto. Al presentar una época de la medicina, le antepone siempre el estado de las ciencias, las artes, la sociedad y la política.

Los médicos, además de la preparación específica, adquirían de este modo conciencia histórica de las distintas épocas, se historizaban y situaban en la actualidad de nuestro tiempo.

Este criterio orientador de su enseñanza hacía que la tarea del profesor Dalma no fuera fácil. Era bastante compleja, pues era preciso moverse con seguridad en la historia de la cultura, de las ciencias y por cierto de la historia de la medicina. Se lo advertía a sus alumnos y en una de sus clases leemos: "La tarea es bastante difícil, porque si me hubiera limitado a un texto básico, mis clases serían mucho más sencillas, pero visto que cada uno de las grandes personalidades que les he nombrado son todos grandes historiadores de la medicina y son también filósofos de la medicina; visto que cada uno de ellos tiene conceptos muy singulares y dignos de máxima consideración, mi intento es conciliar las distintas tendencias, e inclusive destacar también los rasgos característicos de cada uno de ellos, e incorporar dentro de mi exposición sus aportaciones" (Lección nº 48, págs. 205/206. Carpeta III. Inédita).

La intención formativa y pedagógica del Dr. Dalma se muestra en el elenco de temas del programa de su materia. Comienza con una introducción sobre la antropización y hominización: con el estudio, sucinto por supuesto, de la tierra en que vive el hombre y después de la escala filogenética en que se inserta, como uno de sus eslabones.

El profesor Dalma consideraba útil esta introducción por dos razones: "1) para hacernos bajar un poco de esa egolatría que nos hace considerar protagonistas de todo; 2) para introducir algunas nociones generales sobre conceptos que quizá la escuela secundaria nunca proporcionó a los alumnos y quizá tampoco la Universidad".

Rasgo distintivo del programa de enseñanza aludido es el estudio de medicina aborígen americana, la medicina argentina desde sus orígenes hasta el siglo XX.

De esta manera el curso de Historia de la Medicina del Dr. Dalma tenía como marco la historia de la cultura y las ciencias, el trasfondo social, y dentro de esos parámetros sitúa la Historia de la Medicina. Sus lecciones arrancaban de los más lejanos orígenes y dejaban a los alumnos en los tiempos actuales. Sólo un profesor como él podía encauzar la enseñanza de esta cátedra, sin perderse en los laberintos de su problemática. Cursos en verdad espléndidos, que han quedado en los apuntes de clases y en las cintas electromagnéticas de los grabadores. Lejos de sus preocupaciones juveniles, sus ex alumnos, profesionales de la medicina en la actualidad, dichosos o desafortunados, vuelven a leer o escuchar al maestro para seguir creyendo en la dignidad del hombre o para reconciliarse con la vida, tan cotidiana.

PSICOLOGÍA MÉDICA

En la cátedra de Psicología médica, en los estudios médicos de pregrado, el profesor Dalma seguía las mismas pautas didácticas que las que orientaban su enseñanza de Historia de la Medicina. Sus clases eran magistrales en dos sentidos: porque eran dictadas por un maestro y porque tenían excelente calidad, obra de su baguía docente y científica. Dictaba sus clases sentado en un aula en forma de anfiteatro. Su enseñanza discurría oralmente y su voz era fuerte y clara. Preparaba con anticipación un breve bosquejo con los argumentos de la lección. Sólo excepcionalmente leía algo de la obra de algún autor. No usaba proyector y diapositivas, salvo en alguna conferencia. Hacía circular entre sus alumnos los libros y escritos que mencionaba, o bien al fin de la clase reunía a los estudiantes alrededor del escritorio para que viesen la bibliografía que había mencionado. Este material pertenecía a su biblioteca personal o bien lo obtenía de las varias bibliotecas de la Universidad, especialmente las del Instituto Miguel Lillo y la Facultad de Filosofía y Letras.

Sus lecciones eran seguidas de coloquios y conversaciones, en que se retomaban aspectos de los temas explicados en clase y se los aclaraba y ahondaba.

Comenzaba la enseñanza de la Psicología médica mostrando su importancia para el ejercicio profesional de la medicina. La relación médico-enfermo requiere imprescindiblemente conocimientos de psicología, pues es muy amplia la variedad de tipos humanos que el médico tiene que tratar, y ya se sabe que la psicología del paciente influye en su enfermedad, y viceversa. Por otra parte, la práctica de la medicina requiere que el médico se conozca a sí mismo (su temperamento, carácter, tendencias, vivencias) para comprender las del paciente. Si esta relación inicial no se da, surgen dificultades e incomprensiones de ambas partes. Bien se sabe que la terapéutica médica comienza con una buena relación entre el médico y el enfermo.

Dividía el profesor Dalma el contenido de la asignatura en seis centros temáticos: I) aspectos orgánicos; II) aspectos básicos de la función psíquica; III) algunas doctrinas psicológicas modernas; IV) aplicaciones a la realidad humana; V) las grandes desviaciones biopsíquicas, y VI) medios de aproximación al enfermo. Cada uno de estos núcleos temáticos comprendía varios tópicos.

El enfoque de la cátedra de Psicología médica respondía a la visión unitaria de la realidad biopsíquica y social del hombre y al lugar epistemológico que la psicología tiene dentro de las ciencias del hombre. Dicho enfoque comprendía, además de los temas de la psicología normal, los derivados de la psicología patológica y las desviaciones psíquicas.

En la exposición de los contenidos, el Dr. Dalma se mostraba ordenado, preciso y objetivo. Tenía el don de la condensación y de los temas daba lo esencial para el futuro médico. No había digresiones en sus concentradas clases. La bibliografía, nunca sobrecargada con autores y obras secundarias, era la principal y la más actualizada.

Coherente con su doctrina epistemológica de la psicología y las ciencias del hombre, que dejamos apuntada en otras páginas de esta obra, Dalma daba algunas clases introductorias de filogenia, donde mostraba la aparición del sistema nervioso en la escala animal hasta la etapa de humanización y antropización del hombre.

Consideraba Dalma como indispensables y complementarios dos métodos generales: I) el método de observación de la conducta, y II) el método de introspección. Y dividía la psicología general en tres partes: 1) la parte cognoscitiva; 2) la parte práxica, y 3) la zona de la actividad mental superior.

Presentaba en sus clases las corrientes y escuelas psicológicas más actuales, entre ellas la psicoanalítica, la reflexológica, la conductista, la existencialista. Por su enseñanza pasaban las teorías de Pavlov, Watson, Freud, Adler, Jung y sus seguidores, Spranger, From, Sullivan, Horney y otros. En la parte especial dedicada a las desviaciones psíquicas, explicaba las doctrinas de Ingrish y Weiss, Freud, Helpach, Melaine Kleine. El tema de las displícobiosis y los principales síndromes mentales, ofrecía su propia doctrina, cuyos lineamientos hemos presentado en otras páginas.

LA ENSEÑANZA DE LA PSIQUIATRÍA

En el plan de estudio de la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional de Tucumán, elaborado como organizador de la misma por el propio Dalma, se preveían tres asignaturas distintas, pero estrechamente vinculadas: psicología médica, clínica psiquiátrica y medicina psicosomática. En 1951 el plan se modificó con la supresión de la psicología médica y de la medicina psicosomática. Y en 1964 se reintrodujo la psicología médica, siendo atendidas las dos materias por el doctor Dalma.

A la enseñanza de la psiquiatría y su lugar dentro del plan de estudios de la carrera de ciencias médicas, así como a sus vinculaciones con las materias afines, Dalma ha dedicado unas reflexiones publicadas en la "Revista de la Asociación Médica Argentina" (Vol. 80, nº 19, octubre, 1966). Allí sostiene que dichas materias no sólo contribuyen a la preparación profesional de los futuros médicos, sino que les dan horizontes culturales que no le allegan el estudio de los aspectos exclusivamente físico-químicos, biológicos, histo-anátomo-fisiológicos de los procesos morbosos. Las tres materias mencionadas completan el estudio de las estructuras psíquicas que integran la personalidad humana, como también de los factores etno-antropológicos, socioeconómicos y culturales que la condicionan.

Dalma señalaba por aquellos años la necesidad de incluir asignaturas médico-psicológicas a lo largo de todos los años del currículum, tal como ocurre en los Estados Unidos de Norteamérica, Canadá, los países nórdicos de Europa y algunas Facultades médicas de Latinoamérica. Escuchemos algunas de sus observaciones: "El currículum médico, tal como está estructurado, produce en casi todo el mundo, y no sólo en la Argentina, una auténtica *desculturalización* progresiva del alumno, quien llega a la licenciatura en medicina habiendo olvidado la mayor parte de su bagaje de conocimientos culturales que, bien o mal, le había brindado la escuela secundaria, a la que se le achaca, con bastante unilateralidad, la responsabilidad por este estado de cosas, mientras que se olvida que la etapa de maduración alcanzada por un adolescente impone límites a su capacidad de adquisición de nociones abstractas, como son las que caracterizan las ciencias culturales. Con el desarrollo en la Facultad de Medicina a veces la formación humanística queda trunca y perjudica

una evolución armónica del futuro profesional" (pág. 532). No vamos a entrar en otros detalles de este asunto.

Con el nombre de psiquiatría especial, el Dr. Dalma desarrollaba en algunos programas de psicología médica el tema de las dispsicobiosis y las perturbaciones mentales.

CLINICA NEUROLOGICA Y CRIMINOLOGIA

El Dr. Dalma tuvo a su cargo los primeros cursos de neurología y criminología dictados en la Facultad de Medicina de Tucumán. Estos cursos estaban destinados a los estudiantes de la carrera de médico. Hemos encontrado la documentación correspondiente a los tres cursos de neurología, de los años 1954-55-56. Posteriormente esta cátedra fue servida por el Dr. Juan Antonio Saggiaro, y la de Criminología, por el Dr. Isaac Freidemberg.

Por aquellos años la casa de los Dalma ya se había transformado en una especie de prolongación o dependencia de la Universidad. Concurrían a ella estudiantes y colegas, generalmente sin preocuparse de pedir cita por teléfono, y siempre eran bien recibidos. El maestro nunca se impacientaba, aunque a veces esas entrevistas se realizaban en horas en que acostumbraba a descansar, pues su actividad docente en la Universidad se prolongaba hasta altas horas de la noche.

El estilo de su enseñanza era el mismo que en las otras cátedras. En un Apéndice documentamos los contenidos de los cursos de neurología de los años 1954 y 1955. El del año siguiente fue atendido en buena parte por el personal de cátedra, pues el Dr. Dalma había viajado al Congreso de Zurich y participado en algún otro realizado en Buenos Aires, además de sus habituales conferencias.

CURSOS DE POSGRADO

No se puede pasar de largo delante de los curso de posgrado que dictaba el profesor Dalma en la carrera del doctorado y en la médico legista. Estas tareas las realizaba de noche, salvo el dictado de los cursos de psiquiatría criminológica, porque los médicos tenían obligaciones por las mañanas, y por las tardes atendían consultorio. Después de las clases pasaban a la confitería para tomar alguna bebida o algún refresco, y allí proseguía el diálogo y la enseñanza. A menudo volvía a su casa a las dos de la madrugada y nunca antes de la una, aunque las clases comenzaban a las nueve de la noche.

Su esposa, María Paola, lo esperaba siempre leyendo en la cama, y él llegaba con su sonrisa de satisfacción y le narraba algún detalle de la reunión. A veces era invierno y hacía muchísimo frío. En algunas ocasiones llegó a engriparse, pero no dejaba de dar sus clases y participar en la tertulia, "no permitiré nunca que el cuerpo influya sobre mi espíritu".

Las clases de estos cursos de posgrado las dictaba al principio en el anfiteatro de la Facultad de Medicina. Después Dalma tuvo la posibilidad de hacerlo en el aula del Hospital de Salud, en el bulevar Avellaneda, más cerca de su casa, lo cual no dejaba de ser un alivio, puesto que enseñaba de noche.

Las dificultades de organización de la Escuela de Medicina durante los primeros años, hasta 1951, y la de sus cátedras y cursos en años posteriores, eran superadas por el hecho de tener la puerta de su casa abierta a las entrevistas y las consultas. Facilitaba la colaboración de los agregados de cátedra y la comunicación con el estudiantado, lo cual le llenaba de satisfacción, porque tenía necesidad íntima de promover la ciencia y la cultura.

Las clases de psiquiatría criminológica las dictaba el sábado por la mañana, siempre por el motivo que hemos indicado antes: los médicos no tenían otras horas libres. Mientras que Dalma, por su parte, las tenía todas ocupadas de noche con sus clases de psiquiatría y psicología para estudiantes e Historia de la Medicina para graduados. Cuando muchos habían iniciado su fin de semana y la Universidad estaba cerrada, Dalma continuaba prodigándose en la enseñanza. Y en tiempos revueltos solía decir: "Hay que salvar por lo menos el diálogo".

Toda esta actividad en horarios no siempre gratos, no dejaban de preocupar a su esposa María Paola. El profesor Dalma daba citas en su casa a las cinco y media o seis de la tarde y por la mañana a las ocho en la Universidad o en el Crillon. El sábado y el domingo su casa estaba disponible hasta la una de la noche.

Nunca se negaba al teléfono, a cualquier hora y en cualquier día, aunque fuese festivo y lo llamasen a la hora de la siesta, que su esposa cuidaba, puesto que trabajaba hasta horas tan entradas de la noche. Recordando estas circunstancias de la vida de su esposo y la de ella misma, nos dice la Sra. María Paola: "Su dedicación a la enseñanza era completa. Nunca perdía la paciencia; era tan gentil que atendía los llamados telefónicos, aunque lo interrumpieran en el descanso o en el trabajo urgente. A veces lo veía tan cansado, que pasaba el teléfono a la parte interna de la casa, sin decírselo, y lo desconectaba unas dos horas por la tarde". Su dedicación, su concentración mental, su sentido del deber y la solidaridad humana eran inquebrantables.

Más allá de la riqueza de su enseñanza, más allá de los modos de su didáctica, más allá de su estilo profesoral estaba la personalidad del Maestro, el sentido misional de su vida de médico humanista, cuya esencia consiste, como lo decía en su Carta a los estudiantes, cuando era Director de la Escuela de Medicina (1950), "comprender y amar la criatura humana".